

## **Cuarto día de novena, Lunes 4 de mayo**

Hoy no tengo una canción...o si...porque tengo en mi casa un tambor, y una estampa del Rocío. Porque si hay algo que me evoca a Rocío, que me devuelve la mirada a nuestra Madre es el **son de un tamboril, de un flautín**, de mi querido pepito. Al tamboril más eterno.

Pepito, era uno de tantos tamboriles que cantan a la Madre con su música. Era de la hermandad de Morón, y tristemente en su juventud se fue preso de esa enfermedad que a tantos mata tan rápido, el camino corto de quienes creen hacer un favor a los suyos, de quienes se cansaron antes de tiempo de luchar por vivir, de quienes no tienen ganas de más dolor a los que rodean.

De la primera lectura me quedo con una idea: “os **anunciamos esta Buena Noticia**: que dejéis los ídolos vanos y os convirtáis al Dios vivo que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que contienen”.

Para muchos la vida puede sonar demasiado breve, y tristemente para otros demasiado larga al mismo tiempo.

Creo que necesitamos sueños, sueños grandes, esperanzas infinitas, amores eternos.

Aprendí hace muchos años eso que San Josemaría define como: “**Soñad y os quedaréis cortos**”.

Eso que viene a ser que “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él”. Porque **la vida es ese guardar recuerdos de amor, amar construir recuerdos nuevos, y disfrutar desde el más bello balcón de quien construye sueños**.

Soy de los que crecí con los discos de una noche en el camino,

Yendo al espectáculo de pascual González y los cantores,

Escuchando a pareja Obregón con su piano,

O en el teatro con la obra carmen de tavora.

Traigo toda esta vida, porque con ellos crecí, y con ellos descubrí hace ya muchos años que mi mejor maestro era el ascensor del Hospital de la mujer en el Virgen del Rocío.

En ese ascensor descubres cómo a la misma vez están pasando muchas cosas, subes con tu entripao a la cuarta planta, o quizás quinta ya no recuerdo bien, donde están las pobres madres e hijas con cáncer, y en la primera mientras tanto están dando a luz nuevas vidas cargadas de amor.

Es una gran escuela porque con todas las veces que he subido y bajado, en todas vivía ese pellizco que da saber que la vida son momentos, instantes vividos. Hasta tendría que decir que le tengo celos a esa puerta bendita, porque en ella está la mujer que yo más quiero, la madre de mis desvelos, la reina del cielo.

Hoy esta bendita hermandad ha invitado a quienes tantas cosas me une, al personal médico, a los enfermeros. A la vez que pedimos por los enfermos, por los que sufren en alma y cuerpo.

He descubierto que si Sevilla tiene un color especial es el que le produce cuando la besas, cuando la cantas, cuando la enamoras con tu cariño.

Si la Virgen del Rocío es rociadora, lo es porque se hizo uno con el último, con el más vulnerable, con el más tierno, con el más necesitado.

Y es que lloran los pinos del coto al saberte entre las esquinas, cómo miras a tus hijos quererse cuando como hermanos se tratan, y cómo te enorgulleces al vernos cómo se cuidaban.

Y es que he aprendido a sentir orgullo de mi tierra, de mis raíces, de mis esencias, he aprendido a crecer sabiendo que no hay lugar mejor que este en el que he nacido. Y que me da pena ver en lo que muchas veces por complejos y miedos nos vemos convertidos.

Creo que si digo todas estas sevillanas que son de mi niñez y adolescencia, descubrimos que el tiempo pasa pero lo importante queda.

Que ningún niño se muera antes de tiempo, porque como dicen las Escrituras **“aún podría contar cosas más grandes”** esas que aún tienen que escribir los nuevos artistas, esos que miren al pasado y sin complejos nos hagan revivir y creer que Jesús no está muerto, sino que vive en nuestro corazones. Que María no está muerta, sino que aguarda en el Rocío.

El Rocío consuela, apaga el fuego del dolor, y alienta en los cristianos una fuerza viva que hace que toda la verdad de este mundo sea que Tú triunfas allí donde más te necesitamos.